


U SOCIEDAD

LA IMAGEN DEL PODER

La indumentaria de los políticos juega un papel decisivo a la hora de trasladar su mensaje político. Patrycia Centeno cuenta las claves en su libro *Política y moda*.

POR PATRYCIA CENTENO

Si al escoger la ropa que nos ponemos por la mañana nos estamos definiendo, una persona pública, como es un político, está obligada a cuidar muy bien lo que se pone. Este es el argumento que desarrolla Patrycia Centeno en el libro *Política y moda*, que se pone a la venta el día 23 y del que extraemos fragmentos de dos de sus capítulos más interesantes.

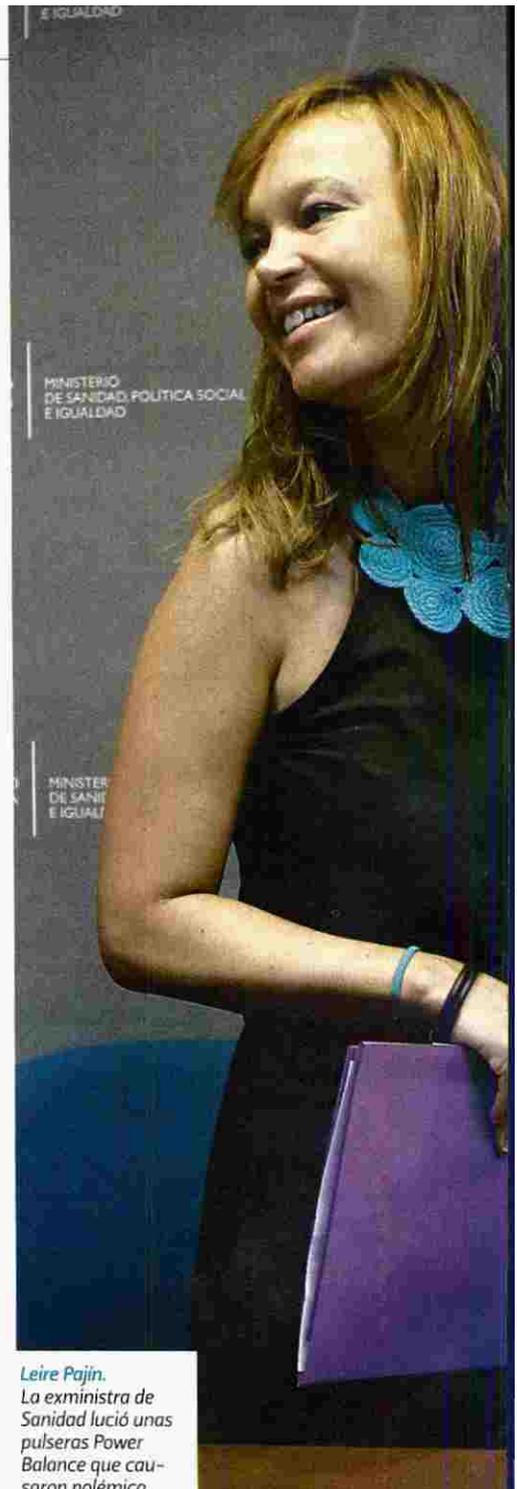
Capítulo 3.

Cuando Leire Pajín adornó sus muñecas con pulseras de distintos colores de la marca Power Balance, se dejó llevar por los dictámenes de la moda del verano de 2010. Pero el accesorio, que habían lucido deportistas, famosos e incluso otros políticos (el lendakari Patxi López fue retratado con ella en la portada de *XL Semanal* y Carmen de Rivera, diputada de Ciudadans en el Parlament de Catalunya, también se la colgó), quedó en entredicho cuando, el 28 de abril, la Organización de Consumidores y Usuarios y la Facua denunciaron a la empresa Power Balance España ante las autoridades sanitarias por atribuir propiedades "seudomilagrosas" a sus pulseras y otros de sus productos, como colgantes, tarjetas plásticas y pegatinas. Además, los brazaletes ya habían sido investigados por motivos semejantes en Italia, donde prometieron "equilibrio, fuerza y flexibilidad". Una información

que quizá Pajín ignoró hasta el día mismo de su incorporación al Gobierno español. Pocas horas después de su ascenso, la polémica estaba servida. Primero en las redes sociales y, luego, en los medios de comunicación, el titular estaba claro: la nueva máxima responsable de Sanidad llevaba pulseras que habían sido denunciadas en su propio Ministerio. Cuatro meses más tarde, cuando el Instituto Nacional de Consumo concluyó que este producto ocultaba una campaña de publicidad engañosa, la ministra de Sanidad, Política Social e Igualdad justificó haber utilizado las Power Balance porque "le gustaban" y "eran un regalo".

En cambio, de una manera más meditada y consciente, el vestido de novia de Letizia Ortiz no respondió a la última moda nupcial. Tal y como reconoció el creador del traje, Manuel Pertegaz, la gran dificultad de aquel diseño radicaba en "la responsabilidad de confeccionar una pieza para la posteridad". Letizia fue una novia del año 2004, pero su vestido era el de una reina para la historia.

Por su parte, la variedad de gafas de Josep Antoni Duran i Lleida, que consigue conjuntar a la perfección con cada uno de sus estilismos, son uno de los principales reclamos por los que siempre aparece en la lista de los políticos españoles mejor vestidos. "Me vendieron unas azules, como estas, y unas rojas... Al principio no me atreví con las rojas,



Leire Pajín.
La exministra de Sanidad lució unas pulseras Power Balance que causaron polémica.

me costaba ponérmelas. Hasta que un día me las puse y mi mujer me dijo que estaba muy guapo. Y me quedé con las rojas. Debo decirle, porque me consta, que mucha gente llega a la óptica pidiendo las gafas modelo Duran i Lleida... Tengo unas rojas y azules, con los colores del Barça, otras granates... No puedo permitirme el lujo de quedarme sin gafas, porque si no, no puedo leer", confesó en una entrevista el portavoz de CiU en el Congreso de los Diputados.

Dado que uno de los máximos anhelos de cualquier gobierno es perdurar en el



Ruiz-Gallardón.
Algunos estilistas han recomendado al político perfilarse las cejas y quitarse las gafas.

tiempo (tanto en años en práctica como en años en el recuerdo), y que la moda tiene un carácter efímero, la política debería quedar ipso facto exenta de seguir las caprichosas instrucciones de la moda. Es más, si cualquier innovación indumentaria en el entorno gubernamental es mal recibida, ya que se percibe como una amenaza para la tradición (la corbata, pese a su nula utilidad, sigue considerándose imprescindible), ¿qué papel puede desempeñar la moda en la política? La moda, como uso o costumbre en boga durante un cierto tiempo o en un de-

terminado país, es también un vehículo perfecto para acercarse a la realidad. Por tanto, lo que se le debe demandar a un líder, como representante del pueblo, es que introduzca pequeñas distinciones de actualidad en su vestuario. Pero, para no caer en el persuasivo y persistente mundo superfluo de la moda, es importante, por una parte, huir de las novedades pasajeras -para no caducar cada temporada- y, por otra, saber identificar aquellas tendencias que la sociedad descubra como duraderas. Del mismo modo que se renueva el discurso para conectar con el

contexto en que se vive, la indumentaria también debe ser acorde con el momento y las tendencias ya arraigadas entre la ciudadanía. Si no renueva el vestido, el político corre el riesgo de ser excluido socialmente.

Al comparar el estilismo de los líderes de hace 80 años con el que lucen los de hoy, resulta sorprendente descubrir que la imagen de antaño es incluso más actual que la de nuestros coetáneos. Pese a que aún no habían alcanzado el apogeo de la imagen (marcada en parte por la aparición de la televisión), los líderes de



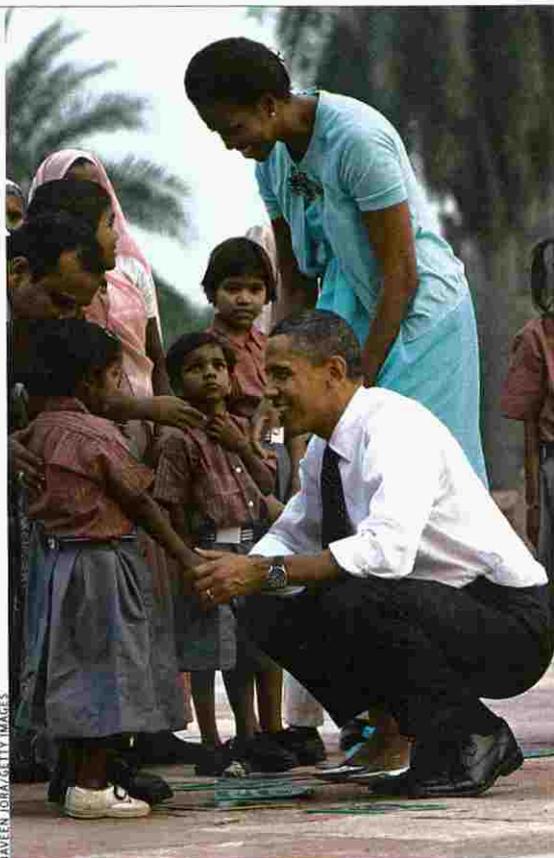
SOCIEDAD

» principios del siglo XX entendían perfectamente que su discurso y su aspecto eran igualmente significativos. Ciertamente es que la sociedad – pese a no contar con los recursos de hoy en día – exigía un refinamiento en la apariencia no comparable a la presente, más aún si uno se dedicaba a la política. Anarquistas, republicanos o monárquicos sabían qué vestir en cada momento. Algo tan simple no resulta tan sencillo de llevar a la práctica. Nuestros políticos siguen utilizando básicamente el mismo atuendo que sus antecesores, aunque de peor calidad (los tejidos ya no son los mismos) y con mucha menos gracia (sin conocer el protocolo de cada pieza). Entre los integrantes de la esfera política presente –especialmente si nos referimos a los hombres– cuesta reconocer un acercamiento a las tendencias, a la actualidad, ya que siguen escudados en el rancio uniforme de siempre (traje, corbata y camisa).

Si durante la Transición democrática, la introducción de tendencias en la gris vestimenta política, heredada del franquismo, fue cuantiosa, en los últimos 20 años se observa una clara involución estilística. El suéter de cuello alto de Adolfo Suárez, las coderas de Felipe González, la chaqueta de lana con cremallera de Marcelino Camacho, o incluso el traje chaqueta de Gutiérrez Mellado – en sustitución del temido uniforme militar – son solo algunos de los ejemplos que se registraron. En cambio, en 2011 es prácticamente imposible ver a un diputado entrando en el Congreso con una de las prendas más integradas socialmente desde hace décadas: los vaqueros.

Uno de los errores más comunes que se cometen cuando se pide a un diseñador o a un estilista no especializado en el sector que opine sobre el aspecto de un mandatario es obviar que un político, pese a ser una persona pública, no es un cantante famoso ni una estrella del celuloide. En una serie de reportajes publicados en el diario *Abc*, varios estilistas proponían un cambio de imagen para conocidos dirigentes españoles. En el dedicado al exalcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, las sugerencias de los especialistas en imagen iban “desde raparse, dejarse una barba de tres días, perfilarse las cejas y quitarse las gafas” hasta “ponerse barba y reapeinarse como George Clooney”. Pero, pese a sus ideas innovadoras para actualizar el aspecto de Gallardón, nadie se detuvo a analizar ni la ideología del partido al que pertenece ni el perfil del votante al que desea convencer.

Aunque el objetivo de los políticos no sea convertirse en iconos de moda, algunos de ellos han logrado marcar tendencia, es decir, han conseguido que la sociedad deseara seguirlos estilística o



NAVEEN JORA/GETTY IMAGES



GERARDO CERLES/ATP

estéticamente. Sin duda, el último inspirador de estilo que ha pegado fuerte en el mundo de la moda ha sido el presidente de Estados Unidos, Barack Obama. Donatella Versace dedicó su colección de primavera/verano de 2009 al que, según la diseñadora italiana, era “el hombre del momento”. Además, Obama, al igual que ocurriera con el Che Guevara, tiene un plus en esto de establecer qué se lleva, ya que todo él, y no solo su indumentaria, se puso de moda. Mientras que el rostro del argentino acabó incluso estampado en un bikini de la modelo Gisele Bündchen, la ya famosa imagen de campaña electoral con la cara del primer presidente afroamericano de la historia de Estados Unidos apareció en camisetas en los mercadillos, pero también en un vestido del creador Jean-Charles de Castelbajac en un desfile de la Semana de la Moda de París.

Capítulo 5.

Al analizar las vestimentas de las mujeres que han llegado a ocupar puestos destacados en las altas esferas de la administración pública se hace patente la influencia del estilo masculino en todas ellas. En los últimos años, no obstante, algunas representantes se han atrevido a empezar a reivindicar la feminización de la indumentaria política. Tal como confirmó la venerada periodista de moda del *The New York Times*, Suzy Menkes, “la

era del poder del traje como única opción para la mujer profesional ya ha pasado”.

Pese a vestir siempre con traje de chaqueta y falda, la imagen fuerte y conservadora que Margaret Thatcher proyectó durante su trayectoria política la llevó a convertirse en la primera ministra del Reino Unido. El inalterable cardado de su peinado, las líneas rectas, las tonalidades sobrias (publicó el color azul de su partido como nadie y jamás se vistió de rojo laborista) y la práctica inexistencia de estampados en sus conjuntos, unidos a un carácter fuerte, le valieron el sobrenombre de *la Dama de hierro*. De todos modos, la apariencia de políticamente incorrecta de Thatcher era incuestionable. La obsesión de la británica por alcanzar la perfección no permitía un solo error, ni en términos ideológicos, ni contextuales, ni estéticos. Era una mujer menuda que realizó su presencia visual con hombros y tacones, mientras que los pequeños detalles, joyas (collar de perlas y broches) y bolsos (el *Asprey* de asa corta) revelaban su coquetería.

Aunque el objetivo de los políticos no es convertirse en iconos de moda, algunos marcan tendencia



BIDRN SIGURDSON/GETTY IMAGES

Estilismos políticos

De izquierda a derecha, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, el último político que ha inspirado al mundo de la moda y al que Donatella Versace le dedicó su colección de primavera/verano 2009; y la exministra francesa, Rachida Dati, que también ha creado estilo propio con su cabello corto y su aparente sobriedad acompañada de un carmin intenso y altísimos *stiletto*s. Desde la polémica generada por el escote que lució en la inauguración de la Ópera de Oslo en el año 2008, Angela Merkel (arriba) se refugia en el traje de chaqueta-pantalón.

Hillary Clinton consideró que para convertirse en la primera candidata mujer que optaba a la presidencia de Estados Unidos debía deshacerse de los vestidos monjiles que la habían acompañado en su puesto de primera dama durante el mandato de Bill Clinton, así como renovar su peinado cortándose el pelo. Sus trajes pantalón la caracterizan como secretaria de Estado de Estados Unidos del Gobierno de Barack Obama y persiguen la imagen comedida de sus colegas hombres. Por eso, aunque luce sus atuendos con algún que otro detalle femenino (color, collar o tacón), se le suele reprochar su sumisión al uniforme político masculino. Si bien, tras ser duramente criticada por un asesor de moda en televisión que la acusaba de "estar confundida con su género" y de "no estar enviando un mensaje positivo de la moda estadounidense", muchos advirtieron una respuesta contundente en la americana rosa palo que al día siguiente se enfundó.

También Angela Merkel decidió aprovechar el camino estilístico emprendido por la *Dama de hierro*. Obviamente, el físico de la canciller alemana no se asemejaba al de Thatcher. Pese a la delicadeza de su rostro (ojos azules, cabello rubio, cutis pálido y agradable sonrisa), la corpulencia de la jefa del Gobierno germano y su desinterés por la moda desaconsejaban imitar a nadie, y menos aún a la ex primera ministra británica. Había que

crear una imagen específica para ella. Necesitaba luz y todos los cambios que se le aplicaron iban dirigidos a ese propósito: corte de pelo, mechas rubias, maquillaje... Probó a utilizar chaquetas de color, pero ser la nota discordante en las oscuras y varoniles cumbres mundiales no era fácil. Así, prefirió silenciar a los críticos y sucumbió a la dictadura del uniforme (pantalón negro, top de cuello redondo, chaqueta de tres botones y zapato de tacón cuadrado y bajo). [...]

"En la década de 1970 algunos decían que usar maquillaje o lucir bien no era más que una actitud burguesa y condenable. Nunca consideré que la feminidad pudiera ser incompatible con la política", le explicó en una entrevista la presidenta argentina a Naomi Campbell. Pero aunque Cristina Kirchner presume de no haber renunciado a sus gustos indumentarios para ocupar el puesto de jefa de Gobierno, lo cierto es que la mandataria también prefiere utilizar colores neutros para aparecer en la foto de familia con el resto de sus homólogos internacionales. Su larga melena de peluquería, un llamativo maquillaje, el colorido, la sensualidad y sus gustos por lo exclusivo (suela roja y alta joyería) no casan, aparentemente, con la supuesta discreción política.

Por su parte, Condoleezza Rice creó un gran revuelo cuando visitó la base militar de Wiesbaden el 24 de febrero de 2005 vestida con un abrigo azul marino lar-

Las políticas han empezado a reivindicar la feminización de su indumentaria

go y ajustado de corte militar y calzando unas botas negras altas de tacón de aguja. La secretaria de Estado de EEUU bajo el mandato de George Bush, no enseñaba nada, pero insinuaba parte del poder que podía llegar a alcanzar una sola mujer frente a cualquier hombre, y eso era más que suficiente. La sensualidad de aquel estilismo, las larguísimas piernas que mostraba al usar faldas hasta la rodilla, o sus labios, siempre pintados de rojo, eran licencias estilísticas que solo una imagen firme y severa como la suya podía permitirse. En la misma línea, el cabello corto de Rachida Dati y una aparente sobriedad en todos sus atuendos (su vestuario prácticamente está dominado por el negro) también se acompañaban de un carmin intenso, altísimos *stiletto*s y prendas entalladas. La apuesta de la exministra de Justicia francesa por las marcas de lujo como Dior, Louis Vuitton o Chanel podía entenderse en un país donde se inventó la cultura de la moda, pero ya no se comprendía tanto cuando se vestía con firmas italianas (Prada o Dolce & Gabbana).

Sin duda, la aparición de la candidata socialista francesa Ségolène Royal marcó un antes y un después en el estilismo de la mujer política. Por primera vez, la feminidad y la elegancia no se ocultaban para optar a la presidencia de un país. De rasgos dulces y amables, su silueta no se imponía, sino que se sugería a través de líneas puras y delicadas. No recurría permanentemente a faldas de secretaria, ni necesitaba usar tacones demasiado altos, ni vistosos maquillajes ni apenas bisutería para hacerse ver; toda su imagen era natural y fácil. Tampoco podía ser acusada de derrochar (mezclaba básicos de Zara con *prêt-à-porter* de Antik Batik, Paule Ka, Gérard Darel o Agnès b). Royal era el retrato de una mujer del siglo XXI (independiente, inteligente, bella, trabajadora, madre...) que por vestir falda y sonreír no se sentía menos segura en terreno de hombres. Su apuesta fue arriesgada, consciente y valiente. Y aunque la victoria finalmente fue para Nicolas Sarkozy, su imagen preconizó otro futuro para la mujer política.

Patricia Centeno es pionera en el estudio de la indumentaria como herramienta de comunicación. Este es su primer libro, editado por Península y que sale a la venta el 23 de febrero.

